

LA PAZ, ¿UNA CANCIÓN O UNA PLEGARIA?

Octubre 2001

La sensibilidad de hombres y mujeres del planeta se ha visto estremecida por el cruel ataque terrorista contra el pueblo norteamericano y la temida secuela de una guerra terrible y triste, como todas las guerras, desde aquellas en que los hombres se enfrentaban cuerpo a cuerpo, hasta las actuales, en que los ataques se lanzan desde centenares de kilómetros de distancia. Algo, sin embargo, tienen todas en común: la muerte y el sufrimiento ganan la partida. Cuando la violencia se desata, la vida y la felicidad pierden la batalla y la humanidad desolada padece la frustración. Este estado de ánimo, paralizante, ha sido experimentado varias veces en la vida por los que ahora tienen ya algunos años y recuerdan otros conflictos: la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Corea, la guerra de Viet Nam y la del Golfo Pérsico. Así puede explicarse cómo en estas ocasiones sentimientos nihilistas se apoderan de hombres y pueblos, especialmente de las nuevas generaciones.

Ese es el sentir plasmado en la canción de John Lennon «Imagina» (que aparece al borde de la página). Solo el título nos pone frente a una huida de la realidad, invitándonos a refugiarnos en la imaginación, como única irrealidad en la cual seríamos felices. No trata el conocido tema de presentarnos una utopía. La utopía es una proposición que describe una organización ideal del mundo real, donde reinen la justicia y el derecho y todos los hombres puedan vivir felices. Las utopías las forjaron grandes pensadores, el primero de ellos un brillante hombre de estado y, además, santo: Tomás Moro, y pretendían, al proponerlas, encaminar concretamente al hombre hacia una sociedad renovada y dichosa.

Pero en la canción de marras se sueña con un mundo inconsistente, donde lo natural y lo sobrenatural deben ser barridos: ni cielo, ni infierno, ni religión, ni países... es la reacción de alguien que se ve oprimido por todo cuanto signifique orden social, político o religioso, y aspira a que desaparezcan las estructuras que lo sostienen. No se piensa un orden nuevo, con roles renovados para la religión, los estados y naciones, comprometidos todos en el bien común. Por el contrario, contiene la canción un planteamiento casi metafísico, para proponernos una anarquía a nivel cósmico. Se respira en el texto el mismo vaho peligroso que invadió las calles de París en 1968. De un pensamiento así nació aquella revuelta y allí comenzaron a abortar todas las verdaderas preocupaciones por alcanzar un mundo mejor, que tomaban cuerpo en Europa, en Norteamérica y en otras partes del mundo. El escape imaginativo hacia la anarquía, convertido en acción incontrolada, selló drásticamente muchas corrientes de sanas inquietudes en aquella hora de la historia.

La letra de la canción lleva en sí misma una carga negativa para aquel y para este momento del devenir histórico. Creo que las reticencias para difundirla cuando se hizo popular años atrás conservan aún hoy su razón de ser.

Cuando necesitamos inspiración de lo alto y arraigo patrio y países y estados que se preocupen del destino de la especie humana, cuando justamente es más urgente luchar por el bien y la justicia, ¿propondremos como ideal un mundo sin religión ni países? Ante la violencia desatada en este mundo global, ¿proclamaremos que soñamos con un mundo donde no haya nada por qué morir? Imaginar un mundo así equivale a forjarse un mundo en que no habrá nada por qué vivir.

¿Para qué lo queremos entonces? Y si en este mundo la vida no tiene sentido y en el mundo soñado no hay paraíso ni vida eterna, la propuesta de la canción es el absurdo.

Este nirvana concebido como «paz» es mucho más que el irenismo ingenuo de un poeta, es casi la descripción del mundo sicodélico de la droga, donde el que pretende iniciar a un adolescente le cuenta su experiencia: mira, prueba, verás cómo vuelas, cómo te escapabas de este mundo y te vas con la imaginación a mundos fantásticos. Pero no es hora de escapar de la realidad, sino de afrontarla.

La bienaventuranza de los pacíficos en el evangelio de Jesús no se parece en nada a las protestas de los pacifistas. Estos últimos desfilan y claman porque no hay paz; pero Jesús proclamará dichosos a los que trabajan por la paz. Por la paz se trabaja, por la paz trabajaron pacíficamente San Francisco de Asís, Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Monseñor Óscar Arnulfo Romero. Estos no fueron hombres que se fugaron imaginativamente a un mundo de sueños. Ellos tuvieron mucho que ver con su religión y con su país y entregaron sus vidas trabajando por la paz, bien conscientes de que tenían una razón para vivir y para morir.

Porque el soñador puede tenderse en la hierba de un parque y perderse en su mundo imaginado, pero el luchador por la paz siembra el amor en los corazones, busca y encuentra caminos de reconciliación, testimonia la validez de la no violencia y procura incansablemente la justicia. Sin un arma en la mano, de un modo u otro, ofrenda su vida.

A ustedes, queridos cristianos, les repito la palabra convocante de Jesús en el Sermón de la Montaña: «Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios», y les propongo para su reflexión no una canción escapista sino una plegaria, que contiene un compromiso y un programa para la paz, que es para ti, para mí y para todos, desde ahora mismo y todos los días de nuestra vida. En esta encrucijada de la historia, que el Papa Juan Pablo II ha confesado vivir con preocupación y angustia, tenemos mucho que hacer y lo primero es orar, como lo hizo San Francisco de Asís y como hicieron todos los santos:

*Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.
Donde haya odio, que yo ponga amor.
Donde haya ofensa, que yo ponga perdón.
Donde haya discordia, que yo ponga unión.
Donde haya error, que yo ponga verdad.
Donde haya duda, que yo ponga fe.
Donde haya desesperación, que yo ponga esperanza.
Donde haya tinieblas, que yo ponga luz.
Donde haya tristeza, que yo ponga alegría.
Haz que yo no busque tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido como comprender;
ser amado como amar.
Porque dando es como se recibe.
Olvidándose de sí es como uno se encuentra a sí mismo.
Y muriendo se resucita a la vida eterna.*

(San Francisco de Asís)

Los bendigo con la súplica de que la gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo estén siempre con ustedes.